

UNA RESPUESTA

José FUENTES MARES

MÁS QUE UN EXAMEN de mi libro *Poinsett: historia de una gran intriga*, D. Manuel González Ramírez se ha embarcado en una crítica de mis “taras intelectuales”, a cuyo través se propuso señalar los desaciertos de la obra. El sistema es irrecomendable, sobre todo porque, como en este caso, de la inexacta apreciación de esas taras se derivan los juicios más arbitrarios. Primero en dos artículos publicados en el diario *Novedades*, y últimamente en las páginas del N^o 4 de esta *Historia Mexicana*, la crítica del señor González Ramírez rezuma hostilidad hacia lo que él considera ser mi filiación intelectual y política, sin preocuparse una sola vez del examen objetivo de la obra que le ocupa. Critica la postura del autor, y la obra sólo resulta enjuiciada por añadidura.

Todas y cada una de sus apreciaciones son injustas y prejuiciadas. Hace meses, en *Novedades*, no tuvo empacho en declarar que si en el *Poinsett* se decían tales y cuales cosas, y se ocultaban otras más, esto se debía a que mis “directores políticos y espirituales” me imponían esa línea de conducta. Y en *Historia Mexicana* vuelve a la carga, con el manido estribillo de los “prejuicios partidaristas”, alusivo a mi presunto Partido.

Y cabe preguntar: ¿no admite el señor González Ramírez que se pueda escribir un libro histórico, bueno o malo, sin directores políticos o espirituales? ¿Nadie, en su opinión, puede escribir sin ser dirigido? Salvo que su tesis tenga sólo valor para los “escritores tradicionalistas”, caso en el cual resulta innecesario discutir el punto. Mas en lo personal, por elemental decoro, me veo en el caso de rechazar esos cargos. Admito, con mi distinguido crítico, que los “prejuicios partidaristas” imposibilitan la correcta estimación de los hechos históricos, pero rechazo desde luego su afirmación en el sentido de que mi *Poinsett* quiso prestar un servicio a los intereses de mi “Partido”. Tampoco tengo “directores” políticos o espirituales, y menos soy “tradicionalista” en el sentido que

aviesamente me atribuye. Para tener directores políticos es preciso, en principio, ser afiliado de algún partido político, sin que importe su denominación, y yo me conservo entero, como me parió mi madre, con la intuición —o la ilusión— de ser más que cualquier “partido”. Estimo que sólo en conciencias de tipo clericalista pueden tener cabida, en sentido institucional, los llamados “directores espirituales”, que suponen voluntad de sujeción a los dictados de una clerecía cualquiera, llámese budista, católica o protestante. Sin esta voluntad de sujeción, fracasan todas las formas del clericalismo, más no la libre adscripción a un culto determinado. No veo por qué, en México, comunmente, se haya pasado por alto la distinción entre “católico” y “clerical”, como si un concepto supusiese el otro de modo forzoso. Defiendo esta distinción porque me atañe, porque es la mía. En materia dogmática sigo cuidadosamente lo que la Iglesia estatuye y comunican sus Ministros; pero los dogmas de la fe católica carecen de ideas políticas, y en este último campo la Iglesia y sus Ministros tendrían sus ideas políticas y yo soy dueño de las mías. Las ideas políticas de la Iglesia me merecen el mismo respeto que las de un marxista exaltado, con la sola condición de que no se trate de un farsante.

¡Y luego el sambenito de “tradicionalista”! Yo querría que el señor González Ramírez explicara qué se propone señalar con ese calificativo. ¿El deseo de volver a lo pasado? ¿La conversión en programa de todo lo viejo? Me remito a la página XI del Prólogo del *Poinsett*:

El pasado constituye la materia de la historia, pero ésta sólo es digna y magistral —*historia docens*—, a condición de ver al Pasado con los ojos hacia atrás y la voluntad hacia adelante, con apasionada entrega a lo inmortal de los muertos. Los tradicionalismos hueros son los que aman más las cosas muertas que las cosas vivas, y a ellos se confían las voluntades blandas que prefieren, a un bocado de esperanzas, el pasto fácil de los recuerdos. Mas recordar no es vivir, sino morir con la ilusión de que se está viviendo. Y por ello los activos —hombres, grupos, pueblos—, buscan en el pasado lo inmortal, que no es tanto lo que no ha muerto sino lo que no puede morir —lo no morible—, lo que tuvo la virtud suprema de ser sin contradicciones, de ser y de seguir siendo. Para los otros, para los que no entienden la vida como lo móvil por excelencia, el Pasado será como una urdimbre de ceniza impalpitable, como una especie de responso sobre las idas glorias que no altera, sin embargo, la certeza del polvo inexorable.

¿Es esto tradicionalismo? Nadie, ni la misma animosidad del señor González Ramírez, podría llevar estas ideas hasta aquella denominación.

D. MANUEL GONZÁLEZ RAMÍREZ encuentra absurdo el carácter de "libro definitivo" con que la editorial dispuso se anunciara mi *Poinsett*. En este punto, puedo asegurarle que no llevo vela alguna en estas tretas publicitarias, y confío en que ningún historiador supondrá que en su materia pueda hablarse de "libros definitivos". La más sesuda de todas las investigaciones será inexacta al día siguiente de haberse descubierto un documento perdido en algún archivo ignorado. Lo de "definitivo" aplicado al *Poinsett* corre por cuenta de mis editores, y yo respondo exclusivamente por mis culpas. El señor González Ramírez se pasa de sagaz cuando cree descubrir en mi obra una simple reproducción de lo dicho por Alamán, con quien además se permite identificar mi aptitud para enlodar la memoria de los insurgentes mexicanos. Mas quien con ánimo sereno lea las páginas del *Poinsett*, verá que allí Alamán sólo es uno de los autores que se citan, y comprobará de paso que es la de Lorenzo de Zavala la autoridad más solicitada. Estimo que Alamán y Zavala son, entre todos, los autores más valiosos para desentrañar los sucesos de esos años, y nunca callé ni hice violencia a lo dicho por alguno de ellos. Creo tener derecho a considerar a Alamán más limpio y más digno que a Zavala, pero esto sólo en lo personal, porque en su aspecto historiográfico, el testimonio de ambos es y debe ser considerado al mismo nivel.

Cierto que mi opinión coincide en varios puntos importantes con la de Alamán; pero sólo movido por la mayor animosidad podría concluirse, como lo hace González Ramírez, que mi libro "es una reproducción de lo dicho por Lucas Alamán". Mi sistema de trabajo es otro, completamente diverso. Reproduzco el texto, en todo o en parte, de algún documento cuya copia recogí en alguno de los archivos visitados; después de la reproducción, viene un comentario personal, más o menos amplio, según la importancia del texto reproducido; y sólo entonces se echa mano de la opinión de algún contemporáneo, Alamán, Zavala u otro cualquiera, con el fin de redondear el comentario al texto citado. Lo fundamental en

mi libro son los documentos recogidos en Wáshington y Filadelfia, y sólo en segundo lugar se sitúan las opiniones de los escritores contemporáneos a la gestión de Mr. Poinsett. En tercero y último lugar, muy pocas veces se acude a la opinión de historiadores actuales. Sobre esta base de trabajo, que se comprueba en las páginas de la obra, ¿es lícito concluir que su contenido se reduce a "una reproducción de lo dicho por Lucas Alamán"? ¿Pudo Alamán haber visto los documentos que yo cito? ¿Los menciona en alguna de sus obras? Porque, de lo contrario, es forzoso concluir que, al coincidir la opinión de Alamán con el contenido de documentos que nunca vió, el historiador guanajuatense fué más sagaz de lo que sus enemigos están dispuestos a concederle.

En otro lugar de su crítica, el señor González Ramírez dedica varias páginas a señalar los acontecimientos que callé, seguramente en obediencia de las órdenes que recibí de mis "directores políticos y espirituales". Así, por ejemplo, que el Breve *Etsi Iam Diu*, expedido por León XII, produjo mayores perjuicios a México que todas las intrigas juntas de Poinsett. No lo dudo, y sería éste un tema magnífico para un libro que desde luego aconsejo escribir al señor González Ramírez, o a alguno de sus amigos. Asegura también, que callé las entrevistas que el confesor de la hermana de Santa Anna sostuvo con el caudillo de Manga de Clavo, tendientes a sobornarle para los efectos de la venta de Texas, y agrega que tampoco digo que Alamán fué masón, y que la concesión que España dió y confirmó Iturbide para que los norteamericanos colonizaran Texas, fué el origen de las posteriores desventuras. Mas un libro se enjuicia normalmente por lo que dice, no por lo que no dice; puede lamentarse la falta de mayor extensión en algún capítulo o párrafo, pero nunca articular una crítica precisamente sobre la base de lo que no se declara. Y éste es un libro sobre Poinsett; no un tratado de historia de México, exhaustivo y sistemático.

Se me acusa de no conceder el debido espacio a las intrigas europeas contra México, y de haberlas catalogado como una sombra; pero obsérvese que mencioné el peligro de Europa como una sombra y no como una quimera. No quise decir que el peligro de Europa fuese inexistente, sino que se le dió proporciones extraordinarias con el objeto de cubrir los pla-

nes ambiciosos del partido americano. Asegura González Ramírez que la actividad reconquistadora de Fernando VII es la prueba del grosero infundio que carga a Poinsett con las culpas del partido americano, y esto es falso. En el Despacho que Poinsett dirigió a Henry Clay con fecha 28 de octubre de 1829, expresa que:

una expedición contra México había sido ya decidida por el Gabinete, cuya determinación fué la consecuencia del relato que hicieron al Rey algunos habitantes de México, recientemente desembarcados en España. Probablemente se trata de algunos de los que fueron desterrados en cumplimiento de la última Ley, *cuya conducta en esta ocasión comprobó la necesidad que existía para adoptar esa medida.*

En estas líneas se encuentra meridianamente declarado el orden de los acontecimientos. La agresión que los españoles residentes en México sufrieron por parte de los miembros del partido americano, debía traer trastornos de toda naturaleza; pero, fundamentalmente, debía favorecer los propósitos de desquite que pudiera intentar España. Justo Sierra, cuyo testimonio resultará insospechable al señor González Ramírez, no tiene empacho en confesar que, después de la última expulsión de españoles, a la que llama "suma imprudencia política", la guerra con España era inevitable. El primer decreto de expulsión de españoles se votó en diciembre de 1827, y el segundo, y más radical, en marzo de 1829, mientras la expedición de Isidro Barradas desembarcó en Tampico a fines de julio de este último año, o sea año y medio después de que los miembros del partido americano habían declarado la guerra a los españoles de México.

El señor González Ramírez se sale por la tangente al asegurar que en México siempre hubo antiespañoles mucho antes de que Poinsett apareciera por estas tierras. Esto no lo duda nadie, y con el mayor agrado acepto sus pruebas en este sentido. Mr. Poinsett no gestó ese sentimiento antiespañol, concretándose a azuzarlo y, sobre todo, a organizarlo, fin para el cual se valió del partido americano, obra suya, según lo declara en su carta a Johnson de fecha 10 de Noviembre de 1826: "Y muy pocos habrían consumido su patrimonio o dedicado cada instante de su tiempo, al gran propósito de levantar un partido americano..."

Europa, concretamente España, maquinó contra México,

en parte en un gesto de legítima defensa por las tropelías del partido americano; pero jamás serán suficientes todas sus maquinaciones para justificar que los reclutas de Poinsett favoreciesen a su vez la supremacía de Estados Unidos. Los pecados de los demás nunca han servido para justificar los propios, y sólo los historiadores de partido buscan ocultar las demasías de su grupo con la reprobación escandalosa de las ajenas. No es mi caso ni el de mi *Poinsett*. Como escritor y como mexicano, me importan un comino los liberales y los conservadores. Me resultan repugnantes Almonte y Gutiérrez Estrada cuando negocian la Intervención y el Imperio en París y Miramar; pero Juárez y su grupo no me resultan menos asquerosos en los aciagos días de Veracruz. La historia de México sólo es posible sin odio hacia ninguno o con odio hacia los dos. Yo me decido por lo segundo, y los detesto a todos, con odio, no a los hombres, sino a sus pecados, asido a la única voluntad que salva, la de no volverlos a propiciar.

Extraordinario es el comentario que D. Manuel González Ramírez dedica al capítulo sobre Poinsett y Guerrero. Considera que a Guerrero no se le perdona su humilde origen, cuando en él lo imperdonable fué haber sido instrumento de los demás, primero de Iturbide, luego de Poinsett y Zavala. Y aquí viene lo grande: cuando mi estimado crítico y amigo no tiene empacho en calificar de "aviesa" la forma de aprovechar cierto párrafo de la carta que el 22 de febrero de 1828 dirigió Poinsett a Johnson. Me declara impostor, mutilador de textos, experto en fotomontajes y otras lindezas por el estilo.

Veamos los fundamentos de sus graves cargos. En primer lugar, no considero al señor González Ramírez en condiciones de intentar una exégesis de la carta de Poinsett puesto que, según lo declara él mismo, sólo tuvo a la vista la reproducción fotostática que, marcada con el número 15, aparece en mi obra. La reproducción del original, por bien lograda que esté, es demasiado pequeña, e insuficiente para una lectura cabal del documento. El señor González Ramírez, tras de reconocer que el texto le resultó de "muy difícil lectura", no tuvo inconveniente en verter su contenido primero al inglés y luego al español, en tipos de imprenta. He leído cuidadosamente su

versión, y encuentro que el texto le resultó no de difícil lectura, sino de lectura francamente imposible.

Para que los lectores de *Historia Mexicana* sean jueces definitivos en esta controversia, me permito acompañar una reproducción fotostática de la hoja de la carta de Poinsett en la cual aparece el debatido párrafo, para facilitar su completa inteligencia.

La carta, cuyo original se encuentra en el Archivo de la Sociedad Histórica de Pennsylvania, dice:

No me puedo hacer a la idea de pasar el resto de mis días en relativa inactividad, después de haber acumulado un acopio de experiencias y conocimientos que, si se me diera oportunidad de actuar, me harían sumamente útil para con mi país. Esto *entre nosotros* —Aquí no permaneceré mucho tiempo más, a pesar de que mis amigos me ruegan que me quede, por estimar mi presencia necesaria. El General Guerrero, quien si vive será el próximo Presidente, me ha hecho grandes ofrecimientos, pero yo no renunciaría a mi país para convertirme en Emperador de México.*

Asegura el señor González Ramírez que la famosa coma de *Los intereses creados*, de Benavente, se encuentra aquí, como obra de mi malicia, o sea, que yo pongo puntos donde debe haber comas, y viceversa.

Para aclarar las cosas definitivamente, vayamos por partes. En primer lugar, después de la locución *into active use*, no existe coma en el original, según difama el señor González Ramírez, sino simplemente punto y seguido; esto se demuestra con la copia fotostática que anexo. Después, *precisamente después* de este punto y seguido, Poinsett escribe el *This entre nous*, lo que quiere decir que la confidencia a que se refiere la locución francesa tiene valor, no en lo que atañe a la oración anterior, *concluida con el punto*, sino en lo que toca al período que sigue, al que comienza diciendo: "Aquí no me

* I cannot bear the idea of passing the rest of my days in comparative idleness, after having laid up a stock, which would render me useful to my country if brought into active use. This *entre nous* —Here I will not stay much longer, altho my friends urge me very much to do so, as they are pleased to regard my presence as necessary. General Guerrero, who will be the next President, if he lives, has made me great offers, but I would not renounce my country to be Emperor of Mexico." Esta carta se encuentra en la *Autograph Collection of the Poinsett Papers*; Expediente Correspondencia 1779-1851; H. S. of Penna.

quedaré mucho tiempo más, etc., etc.” (*Here I will not stay much longer, etc., etc.*). Tiene razón el señor González Ramírez en cuanto dice que después de la locución francesa coloqué dos puntos, que no existen en el original; pero es obvio, aun reconociendo esta falta, que la confidencia se refiere no a lo que Poinsett ya dijo, sino a lo que va a decir.

Ligada estrechamente a la discusión anterior, se encuentra la interpretación arbitraria que el señor González Ramírez proporciona a la frase confidencial, que, según él, deberá leerse en este sentido: “Así me ofrecieran ser Emperador de México, no podría renunciar a mi país”. Esta tesis interpretativa es la más adecuada para defender la memoria del general Guerrero; pero la verdad es que Poinsett nunca escribió lo que el distinguido exegeta pretende hacerle decir. La frase del Procónsul reza textualmente: “El general Guerrero, quien, si vive, será el próximo Presidente, me ha hecho grandes ofrecimientos, pero yo no renunciaría a mi país para convertirme en Emperador de México”.

Muchos, en público y en privado, han acompañado al señor González Ramírez en la crítica de esta página, y con todos estoy de acuerdo en que Guerrero jamás pudo pensar en colocar a Poinsett en un trono, formarle una Corte y colocarle una corona. Convengo en esto con todos, y concedo que el concepto de “Emperador de México”, de la carta, es de la cosecha de Poinsett y no de Guerrero; pero sí fueron de D. Vicente las “grandes ofertas” (*great offers*) que le hizo al Plenipotenciario. ¿Cuáles fueron esas “grandes ofertas”? Nadie lo sabrá jamás en su detalle; mas deben haber sido de tal categoría, que Poinsett no tuvo empacho en involucrarlas a todas en el concepto de Imperio. O, en otras palabras, para evitar malas interpretaciones: en el concepto de autoridad y de mando.

En mi *Poinsett* publico una serie de documentos que patentizan la relación autoritaria que el Plenipotenciario mantenía sobre D. Vicente. Marcado con el N^o 12, publico el texto de una comunicación de Poinsett al Departamento de Estado en la cual, tras de felicitarse porque Zavala no aceptó el cargo de Ministro de México en los Estados Unidos, agrega: “Su genio es violento [refiriéndose a Guerrero], lo que le hace difícil de ser controlado, y por lo mismo considero la

presencia de Zavala aquí como esencialmente necesaria, dado que posee gran influencia sobre el General". Y pregunto: ¿no era Poinsett, a su vez, quien ejercía definitiva influencia sobre Zavala? La jerarquía y el rango eran inviolables en aquella cábila.

Publico también documentos donde D. Vicente Guerrero solicita de Poinsett "sus luces" y sus "buenos consejos" para la marcha de su gobierno. Y vuelvo a preguntar: Quien proporciona luces a un cerebro oscuro, ¿no impera virtualmente en él? Si todos sabemos que quien ilumina al que manda es quien manda de verdad, concluiremos admitiendo que en relación con estas "luces", Poinsett interpreta, en sentido imperial, las grandes ofertas de Guerrero. Su meta era el proconsulado, y su instrumento el partido americano. Esto es tan claro como la luz del sol.

APELO AL JUICIO DEL LECTOR. Del párrafo poinsetista tantas veces citado, ¿es lógico entender, como quiere el señor González Ramírez, que el Plenipotenciario sólo quiso decir: "Así me ofrecieran ser Emperador de México, no podría renunciar a mi patria"? No, seguramente que no, y la ligereza de juicio, más que a mí, corresponde a quien intentó la exégesis de un texto sobre una reproducción de tan "difícil lectura".

Hasta hoy tengo la oportunidad de rechazar el carácter de "definitivo" que mis amigos, los editores, adjudicaron a mi libro. La rechazo conscientemente; pero, al mismo tiempo, reclamo, esto sí, el reconocimiento de mi honestidad intelectual. Ni mutilé ni alteré textos para servir a partidos o complacer a directores espirituales. La lucha de los partidos ha consumido tradicionalmente nuestras energías mejores, y es absurdo a todas luces continuarla en una controversia sin fin, como en los Congresos de Historia, a los que algunos son tan afectos, donde el pasado se discute con miras a la defensa o al ataque de intereses circunstanciales. Cuánto mejor buscar alejarnos de las luchas pasajeras, con la certidumbre de que lo pasajero está muerto, aun cuando sea actual, y que si la historia es una ciencia o un arte, o un simple conocimiento, es, ante todo, un arma al servicio de los valores que no se van, y en nuestro concreto caso, al servicio de lo que México tiene de substancial.

I cannot bear the idea of passing
the rest of my days in banishment
& idleness, after having laid up a
stock, which would render me
useful to my Country if brought
into active use. This entire reason —
Here I will not stay much longer,
altho my friends urge me very much
to do so, as they are pleased to regard
my presence as necessary. Genl Guaras
who will be the next President, if he lives,
has made a great offer, but I would
not renounce my Country to be Emperor
of Mexico.

I send you a copy of the Constitution of
the Mexican U. S. for Mr. Gwinch & c.
If you will thank him for the
pamphlets he was so good as to send
me.

Remember me affectionately to all
the family and believe me
ever a truly yours.

J. H. Poinsett

Es falso, por último, que no pueda perdonar a los insurgentes su rebelión contra España. En este punto definiendo mi mexicanidad con el mismo vigor con que el señor González Ramírez la suya. Lo que pasa es que no soy mexicano de los de "viva México", porque esta tesis me asquea las entrañas. Me decido, en todo caso, por el "vivo México", que, por lo menos, es una invocación sin eco en las piqueras; pero por México vivo sin componendas, sin compromisos y sin partidos; vivo por la sola libertad de vivir. Y de paso, para terminar, niego al señor González Ramírez que yo disfruto en enlodar a nuestros héroes; pero si algunos están así, como él sugiere, es porque se enlodaron solos. Ojalá pudiésemos conocer bastante nuestra historia para liberarnos de ella definitivamente. Sería un gran paso para conquistar la libertad y la paz.